

# Los días de don Ricardo

Eugenio Rodríguez Vega, Rector de la Universidad, abogado y escritor, nos ha deleitado con un libro que se titula "Los Días de don Ricardo", que puede aspirar a ser una obra básica en la orientación del país respecto a la figura de quien fuera tres veces Presidente de la República, a pesar de que decía a todo pregón que él no era ni quería ser político.

El libro fue editado por la Editorial Costa Rica, y así cumple esta institución con otro aporte al pueblo que la sustenta y la ha visto con buenos ojos en cuanto a sus finalidades.

Prosa tersa, sentido moderno de la biografía—ágil y novedosa— y un Ricardo Jiménez probablemente desconocido para la mayoría de los costarricenses, es lo que surge de las líneas que se van leyendo con pasión y con entusiasmo.

No se podía profundizar en el ex Presidente Jiménez Oreamuno, sin dar una visión de la Generación del 89, que con sus errores y sus aciertos ayudó a construir a esta sociedad.

Por las páginas de la obra aparecen Bernardo Soto, Máximo Fernández, Cleto González Víquez, Rafael Iglesias, Alfredo González Flores, Tinoco, el General Volio, etcétera, figuras que tuvieron que ver con el asentamiento de la república y con sus logros posteriores, y que se insertan en el contexto histórico para permitirnos ubicar al contradictorio, valiente intelectualmente y siempre batallador don Ricardo.

Del gran político, polemista y abogado, se ha publicado poco o casi nada que se pueda llamar importante dentro del concepto de organicidad que ha de tener un análisis necesario para situar a un hombre como éste, voluntarioso, peleador y brillante, al que no pocos calificaron también de marrullero y de "vejete hipócrita", que murió con el amor y el respeto de su pueblo, del que antes de su fallecimiento él creyó que no le quería bien. Su amargura ascendió a tanto, que alguna vez dijo que él era tico sólo porque había dejado el ombligo en esta tierra, mas no por su manera de ser y de pensar.

De la Historia trasluce el patricio que puede no haber sido todo lo intachable que sus amigos quisieran. Es verdad que entrega los cuarteles a Tinoco y a don Máximo en momentos en que éstos favorecen la candidatura de González Flores, quien será Presidente con la ayuda indirecta de Jiménez; es exacto que don Ricardo no se preocupa cuando se produce el golpe de Estado de Tinoco que da por el suelo con las instituciones, con el apoyo silencioso o activo de próceres como don Cleto, don Jorge Volio y el propio Jiménez Oreamuno; es asimismo una realidad, que el señor Jiménez siempre manifestaba que no quería ser candidato, y rechazaba a los políticos, pero no es menos valioso que él ri-

ge en un largo lapso la vida de la República, la ayuda a conformar, la convierte en su solidaria seguidora, aunque no lo quiera aceptar así, porque llega a sostener que no ha hecho más que interpretar y conducir los sentimientos del pueblo que lo escogió como su guía durante muchos años.

"Los Días de don Ricardo", es un trabajo laborioso, inteligente, bien escrito, que nos va desmenuzando al singular patricio que todos creíamos conocer, y logramos compenetrarnos enseguida del auténtico ser de carne y hueso que reacciona frente a las frases o hechos que le endosan y que él no termina de reconocer en su conjunto. Es consciente de que se le ha escogido como el centro de una leyenda que se empieza a tejer, hasta nuestros días.

El que pacta con Jorge Volio para ser Presidente y le da dos ministerios en tanto aquél logra 5 curules, hasta terminar hundido con el mismo triunfo que paradójicamente es su fracaso; el enemigo acérrimo de don León Cortés, quien había sido su Ministro; el batallador incansable contra la United, a la que combate no sólo en su curul parlamentaria sino en los estrados judiciales y ya en ejercicio de la profesión; el magnífico conversador que da reportajes a los periodistas, en San José o en su finca del Pacífico, adonde ha marchado queriendo olvidar a los hombres, la política y el mundo; el gran competidor de don Máximo, quien lo unge para luego verse hecho a un lado; el hábil negociador que resuelve los diferendos graves de la Huelga del Atlántico de los años 30; el anciano que aspira a la cuarta candidatura y que después se siente frustrado por dar un paso que no le pareció inteligente ni correcto, va emergiendo de este libro de Rodríguez Vega, con la poderosa fuerza que él tenía y que el autor consigue resaltar en esta biografía suave, amable, penetrante, honrada y nítida, que abre puertas inmensas para asomarnos, de soslayo, a bucear en las personalidades de Jorge Volio, de Máximo Fernández, de León Cortés, de Bernardo Soto, de Cleto González Víquez y de tantos otros que en puntillas, se acercan allí, a la historia, a la personalidad del "brujo del Irazú" que vio cómo, poco a poco, fue perdiendo su impacto en la vida nacional, porque sus visiones del mundo y de la patria—en la ancianidad— eran otras, inadecuadas tal vez, irreales, salidas de foco quizá, mas gozando, a pesar de él y de que él no se diera siempre clara cuenta de ello, del amor y de las simpatías de un pueblo que lo admiraba, lo seguía y lo entendía en todas sus contradicciones, en toda su grandeza, en todos sus errores e incluso, en sus lealtades de viejo liberal que entendió el liberalismo como la separación de la Iglesia y del Estado y como la aptitud para respetar todas las opiniones, cualesquiera que fuesen y de donde quiera que provinieran.